

EL ALEPH POÉTICO DE VICENTE ALEIXANDRE

Margarita Carriquiry

«Vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara y sentí vértigo y lloré porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado; el inconcebible universo»

Jorge Luis Borges

La poesía de Vicente Aleixandre constituye una intrincada red donde todos los temas se entretajan y todos los contrarios tienden a unirse.

La materia deviene espíritu y todos los seres, animales, astros, plantas, son metáfora de otras realidades; el amor es muerte y la muerte vida; el pasado vive en el presente y éste está anunciado en el pasado; el hombre aspira a fundirse en el cosmos y al mismo tiempo reconoce dolorosamente sus límites; Dios se refleja en el mundo mientras éste clama su desesperación ante el vacío metafísico. De esta red compleja donde lo individual y lo colectivo, lo material y lo espiritual, lo temporal y lo eterno se entretajan, surge la obra de Vicente Aleixandre y, por encima de la unidad profunda, la diversidad va tejiendo sus dibujos.

«Cada ser en la luz total -inseparable de la tiniebla total- es idéntico a los otros y todos son el poeta» afirma Pere Gimferrer y en esta profunda unidad de la poesía de Aleixandre el cosmos se hace idea y la idea es el cosmos.

En el ambiente profundamente innovador de la España del 27, las primeras obras de Aleixandre se destacan entre las que más audazmente se sumergen en lo irracional.

Ámbito de 1928 y *Pasión de la tierra*, escrita inmediatamente después, nacen del descubrimiento simultáneo de la poesía, el amor y el dolor. Cuenta el poeta que la lectura de los libros de poesías de Rubén Darío que le ofreciera su amigo Dámaso Alonso en uno de los largos veranos de la adolescencia, impactó su sensibilidad de manera definitiva. Y a la misma edad, cuando surgen con toda su pujanza las fuerzas de la vida y descubre la maravillosa experiencia del amor, una enfermedad grave y dolorosa lo abate, condenándolo para siempre a una semiinvalidez.

De este triple descubrimiento nace la primera poesía de Aleixandre, que Pedro Salinas define por medio de una ecuación matemática: «amor + desesperación = poesía»

La desesperación adopta el lenguaje exasperado del surrealismo. El poeta nombra las cosas que integran el mundo sensible, pero se siente ajeno al carácter heterogéneo y caótico de ese mundo. José Ángel Valente señala la estricta contemporaneidad de tres obras superrealistas: *Sobre los ángeles* de Rafael Alberti (1927 - 1928), *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca (1929) y *Pasión de la tierra* de Vicente Aleixandre (1929 - 1930). Las conferencias de André Breton y de Louis Aragon en Barcelona y Madrid en 1922 y 1925, respectivamente, habían preparado el terreno para el advenimiento de este nuevo lenguaje en el que Aleixandre seguirá profundizando gracias a la lectura de la obra de Freud y de Lautréamont.

El mundo aparece como inexplicable, plagado de símbolos oníricos y de elementos heterogéneos donde el poeta se pierde.

Hacia 1930 su poesía deviene más humana. El amor y la muerte serán sus temas centrales hasta el punto de que Pedro Salinas y Dámaso Alonso la califican como obra neorromántica. En *Espadas como labios* (1930 - 1931) el amor es la fuerza que da sentido a la vida y la muerte es un verdadero renacer, transmutación del ser individual en el gran todo. El impulso triunfal hacia lo cósmico supone la derrota de la muerte, porque todo es fuerza, pujanza, juventud y vida.

Para final esta actitud alerta
Alerta, alerta, alerta
Estoy despierto o hermoso. Soy el sol o la respuesta
Soy esa tierra alegre que no regatea su reflejo
Cuando nace el día se oyen pregones o júbilos
Insensato el abismo ha insistido toda la noche
.....

A mi paso ha cantado porque he dominado el horizonte;
porque por encima de él -más lejos, más, porque yo soy altísimo-
he visto el mar, la mar, los mares, los no-límites
Soy alto como una juventud que no cesa

(“Nacimiento último”, fragmento)

En ese mundo en permanente colisión, el yo se enfrenta al cosmos, la vida lucha contra la muerte, lo ilimitado contra la forma. La palabra aparece, entonces, como una imposición de lo racional, lo rígido, lo mezquino y muerto contra la fuerza avasallante de la vida.

Pero no importa que todo esté tranquilo
(la palabra, esa lana marchita)
Flor tú, muchacha casi desnuda, viva, viva
(la palabra, esa arena machacada)
Muchacha, con tu sombra qué dulce lucha
como una miel fugaz que casi muestra bordes
(la palabra, la palabra, la palabra, qué torpe vientre hinchado)
Muchacha, te has manchado de espuma delicada

(«Palabras», fragmento)

Después de la poesía cósmica y vital de *Espadas como labios* surge *La destrucción o el amor* (1933 - 1935), que formula una de las constantes más típicas de la poesía de Aleixandre. El amor procura franquear los límites de lo perecedero, es una fuerza totalizadora que aspira a la inmortalidad y, paradójicamente, la única

forma de alcanzarla es el morir. De ahí la identificación entre la destrucción y el amor.

Quiero amor o la muerte
 Quiero morir del todo
 Quiero ser tú

Hay una aspiración a la fusión del amante en la amada, de los cuerpos en las almas, del yo en el todo. El amor adquiere así su dimensión cósmica y alcanza el sentido místico de unidad o comunión universal. La urgencia por alcanzar lo absoluto del amor es a la vez la necesidad de romper con los límites del yo y de ofrecer el cuerpo en holocausto para tocar el infinito. Por eso, amor y muerte se confunden en la poesía de Aleixandre. El universo entero busca la fusión en un todo donde queden excluidas las fronteras entre la materia y el espíritu, entre lo humano y lo cósmico. La creación entera se convierte así en una gran metáfora.

Quiero saber si el corazón es una lluvia o margen,
 lo que se queda a un lado cuando dos se sonríen,
 o es solo la frontera entre dos manos nuevas
 que estrechan una piel caliente que no separa

Flor, risco o duda, o sed o sol o látigo:
 el mundo todo es uno, la ribera y el párpado
 ese amarillo pájaro que duerme entre dos labios
 cuando el alba penetra con esfuerzo en el día.

Quiero saber si un puente es hierro o es anhelo,
 esa dificultad de unir dos carnes íntimas,
 esa separación de los pechos tocados
 por una flecha nueva surtida entre lo verde

(«Quiero saber», fragmento)

Hay un «misticismo trágico» en la poesía de Aleixandre, afirma Carlos Bousoño, porque el hombre pretende ser uno con el

mundo pero reconoce que la muerte es la única forma de franquear los límites del yo. Es también un misticismo panteísta en cuanto la materia deviene espíritu gracias a esa fuerza unificadora que pretende trascender la existencia para alcanzar una forma de vida superior; de ese modo tanto el hombre como el cosmos buscan desesperadamente la trascendencia.

Esa poesía metafísica es profundamente humana, a un tiempo intelectual y vibrante de emoción, conceptualmente sutil pero simple en su lenguaje. Hay un rigor y una contestación en la poesía de Aleixandre que lo aproximan a los clásicos, entre el conceptismo de Quevedo y la perfección serena de Fray Luis de León. Su lenguaje ceñido, severo, se centra en la fuerza del sustantivo, en la economía de verbos, en la adjetivación austera, imprescindible. Su poesía apunta directamente a lo esencial, desdeñando el adorno, la anécdota, la reiteración.

Terminada la guerra civil, los poetas de la generación del 27 están muertos, como Federico García Lorca, o en el exilio, como Luis Cernuda, Jorge Guillén, Manuel Altolaguirre, Pedro Salinas o Rafael Alberti. En esa España silenciada, Vicente Aleixandre intenta recuperar el mundo de un pasado feliz, añorado. Es el mundo de su infancia en Málaga, pero también el mundo mítico del paraíso antes de la culpa. En el libro *Sombras del paraíso* (1939-1943), lo amargo del presente acrecienta la idealización del pasado. «Ciudad del paraíso» es uno de los poemas más célebres de Aleixandre; a la exaltación de la belleza del paisaje de una Málaga real se suma el encanto de la infancia recuperada a través del recuerdo y, más allá de la vivencia personal, el mito de un mundo inocente, donde el pecado no ha existido jamás. La ciudad aparece suspendida entre la tierra y el cielo, pero también suspendida en el tiempo, mientras todo lo humano está sujeto a la decadencia o la destrucción, por un milagro, se mantiene eterna.

Siempre te ven mis ojos, ciudad de mis días marinos
Colgado del imponente monte, apenas detenida
en tu vertical caída a las ondas azules,

pareces reinar bajo el cielo, sobre las aguas,
intermedia en los aires, como si una mano dichosa
te hubiera retenido, un momento de gloria,
antes de hundirte para siempre en las olas amantes

Pero tú duras, nunca descendes, y el mar suspira
o brama por ti, ciudad de mis días alegres,
ciudad madre y blanquísima donde viví y recuerdo
angélica ciudad que, más alta que el mar,
/ presides sus espumas

(«Ciudad del paraíso», fragmento)

Sin embargo, acechando, detrás del paraíso está la sombra, la conciencia acuciante de la muerte y el doloroso vacío metafísico. Esta obra es, según afirma Aleixandre, «cántico de la luz desde la conciencia de la oscuridad». Esta angustia contenida, soterrada, recorre todo el libro otorgando al paraíso una condición vulnerable frente al mar, frente al tiempo, frente a la nada.

La conciencia trágica se va agudizando en la poesía de Aleixandre a medida que el tiempo transcurre; la soledad del hombre, la ausencia de Dios, la desesperada búsqueda de un sentido alcanzan su expresión culminante en *Historia del corazón* (1954), que constituye, para Carlos Bousoño, la línea que divide las dos etapas fundamentales de la obra del poeta del cosmos, hacia el hombre en la primera, de la conciencia espacial a la temporal en la segunda.

El lenguaje se torna ahora más directo y sencillo y la actitud ética más transparente; hay una nueva orientación que apunta hacia la preocupación religiosa, social y política. La solidaridad aparece como un valor fundamental, muy en consonancia con las corrientes existencialistas de posguerra. El compromiso con los demás hombres es una forma de atemperar la soledad metafísica. Esta es la nueva actitud ética que se manifiesta en la poesía de Aleixandre, el hombre ya no aspira a la fusión con el cosmos, sino

con los otros hombres, y en la lucha encuentra el sentido de su propia vida.

Hermoso es, hermosamente humilde y confiante, vivificador
/ y profundo,
sentirse bajo el sol, entre los demás, impelido
llevado, conducido, mezclado, rumorosamente arrastrado.

No es bueno
quedarse en la orilla
como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente
imitar a la roca
Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha
de fluir y perderse
encontrándose en el movimiento con que el gran corazón de
los hombres
palpita extendido

(«En la plaza», fragmento)

Junto a la conciencia de la fugacidad de la vida -»entre dos oscuridades, un relámpago»- aparece la conciencia históricamente, que exige una ética de solidaridad y de valiente aceptación de la limitación humana. Surge, entonces, una ternura nueva, nacida ante la condición desvalida del hombre, ante su pobre cuerpo dolorido, ante su alma estrujada por la angustia, ante el abandono de un Dios indiferente y lejano. La compasión es la única respuesta posible y en ella radica la grandeza del hombre, su increíble coraje de echarse a andar, a cantar y a amar, a pesar de todo.

Alzamos unos ojos casi moribundos. Mendrugos,
panes, azotes, cólera, vida, muerte:
todo lo derramas como una compasión que nos dieras,
como una sombra que nos lanzaras, y entre los dientes nos
/ brilla
un eco de un resplandor, el eco de un eco de un eco de resplandor,
y comemos.

Comemos sombra, y devoramos el sueño o su sombra y callamos
Y hasta admiramos: cantamos. El amor es su nombre

(«Comemos sombra», fragmento)

El esfuerzo humano dignifica la vida, aunque esta parezca carente de sentido; la materia, que se sabe destinada a la muerte, adquiere un significado trascendente. El amor, forzosamente pasajero y limitado, puede volverse eterno.

Las últimas obras de Vicente Aleixandre insisten en esta actitud ética. Más allá de una mirada superficial, para la cual todo es percedero, confuso, inseguro, es posible alcanzar una visión profunda que dignifique la realidad gracias a un conocimiento mayor del hombre y de su esfuerzo. En *Poemas de la consumación* (1968) y *Diálogos del conocimiento* (1974), el poeta «se propone hablar de lo innombrable, de ahí los enmascaramientos del lenguaje que aluden al silencio», afirma Gimferrer.

El conocimiento es un tema fundamental en estos últimos poemas. Conocer es una actividad dinámica, de búsqueda e interrogación, y por eso se vincula con otras dos acciones del hombre: mirar y amar. La poesía de Aleixandre se torna cada vez más hacia lo esencial, reduciendo el campo semántico y el repertorio de imágenes: toda su fuerza está en la idea. La muerte es el saber definitivo y su presencia se vuelve cada más acuciante. Conocer es buscar, amar, mirar, crecer; saber es morir.

«Ignorar es vivir. Saber, morirlo»

Vida y muerte se inscriben en ese movimiento que va del conocer al saber, búsqueda del sentido, búsqueda del amor, búsqueda del yo, búsqueda del infinito que se halla en la muerte. La vida entera es una aspiración hacia diferentes formas de encuentro con el alma y con el mundo. Y, cuando por fin se alcanza el saber, en él se unen la vida y la muerte.

A esa sabiduría definitiva llegó el poeta en 1984 cuando alcanzó el silencio irrevocable de la muerte.

Muero porque me arrojó, porque quiero morir
porque quiero vivir en el fuego, porque este aire de fuera
no es mío, sino el caliente aliento
que si me acerco quema y dora mis labios desde un fondo

(“Unidad en ella”, fragmento)

Como el Aleph, inscrita en el tiempo pero tocando la eternidad, arraigada en lo más íntimo y personal y sin embargo universal, partiendo del cuerpo frágil y torturado por el dolor, hasta alcanzar la inmensidad del cosmos, así se nos presenta la poesía de Vicente Aleixandre.

Vivió intensamente inmerso en su generación, cultivó la amistad de sus poetas: Luis Cernuda, Pedro Salinas, Dámaso Alonso. Las imágenes delirantes de Salvador Dalí penetraron su obra. Padeció el ominoso silencio de la España franquista y lloró por sus amigos muertos y lejanos. Los nuevos tiempos sacudieron su alma con el llamado a la solidaridad entre los hombres. Y en la desconcertada confusión de los años 70 procuró defender la incuestionable dignidad humana.

Cincuenta años de cambios vertiginosos transitaron por la obra de Aleixandre, que, sin dejar de estremecerse con los vientos de la historia, arraigó profundamente en su alma, donde las convicciones fundamentales permanecieron inalterables.

Así, la infancia malagueña vibra todavía en el poeta adulta de *Sombras del paraíso*, mientras el adolescente de *Pasión de la tierra* presagia su propia muerte en la destrucción de un mundo incoherente.

Por eso hoy, mar,
con el polvo de la tierra en mis hombros,

impregnado todavía del efímero deseo apagado del hombre
heme aquí, luz eterna,
vasto mar sin cansancio,
rosa del mundo ardiente,
Heme aquí frente a ti, mar, todavía.

(«Mar del paraíso», fragmento)

Todo es uno; yo y los otros, el mundo y el hombre, el pasado,
el presente, la eternidad.